

N PREMIO
NADAL
2016



Víctor del Árbol La víspera de casi todo



DESTINO

La víspera de casi todo

Víctor
del Árbol

Premio Nadal de Novela 2016

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1360

© Víctor del Árbol Romero, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-233-5065-0

Depósito legal: B. 1.365-2016

Impreso por Cayfosa

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

La Coruña, viernes, 20 de agosto de 2010
00.15 h

A través de la cortina de listones de su despacho, Ibarra observa la calle desierta con sus pasos de peatones, que brillan reflejando los cambios de color de los semáforos sin nadie que los cruce. Hay algo fantasmagórico en esta quietud lunar y fría, en esta soledad. Cada franja horaria tiene su carácter y sus habitantes; es como si las horas avanzaran hacia un horizonte que nadie puede ver, ajenas a la voluntad de quienes las habitan. Antes le gustaba la noche porque no hay sombras en ella. Todo estaba claro en la oscuridad. Él y los otros, el resto del mundo, separados por una membrana invisible pero impenetrable. Ahora no. Ahora le asusta pensar tanto, tener que cubrir el silencio del ambiente con los ruidos de su cabeza.

Esta noche habrá lluvia de estrellas fugaces, y en el noticiero de la radio aconsejan a quien quiera verlas que busque un lugar con poca contaminación lumínica y que tenga a mano un deseo que pedir. La

gente está convencida de que existe algo mágico en esa luz que apenas dura un parpadeo. Para Ibarra, sin embargo, las estrellas fugaces son cosas muertas que se extinguen sin dejar nada, pedazos de roca que se consumen al entrar en la atmósfera; el fuego que las hace brillar no les pertenece, no les sale de dentro sino de la fricción externa. No hay nada mágico en eso.

Carmela, su mujer, dice que se ha vuelto un descreído. Tal vez debería hacerle caso y acompañarla a las clases de yoga. Ella piensa que esas clases lo ayudarían a «conectar» con su interior, a limpiar de telarañas su interior. Con el fanatismo de una neoconversa, su esposa asegura que, desde que va a esas clases, no es la misma; dice saber qué le pasa y por qué le pasa. Pero cuando Ibarra le pregunta cuáles son esos problemas que ahora puede afrontar, Carmela se contempla las manos, las cierra lentamente y elude mirarlo a los ojos:

—Ya sabes a lo que me refiero.

Sí, claro que lo sabe; Ibarra no necesita un yogui barbudo con diafragma de gelatina para saber lo que encierra el silencio de su esposa. Carmela puede raparse la cabeza al cero si quiere, vestirse con una túnica morada y llenar la casa de incienso y mirra, de campanillas y de alfombras de coco, pero eso no cambiará las cosas. Ibarra no puede dejar de ser quien es.

Tiende el brazo por encima de la mesa, desliza hacia él un cenicero pesado, enciende un pitillo y casi inmediatamente tantea el borde para sacudir la ceniza. Se le escapa un leve ronquido al final de cada

espiración, como si fuera un minero con silicosis. Su padre respiraba igual. Es curioso que, ahora mismo, sea el recuerdo más nítido que tiene de las visitas que solía hacerle al viejo: los dedos de las manos con la cara interior manchada de nicotina, el olor espeso, los dientes amarillos y ese silbido al respirar. Su padre, que murió atrapado en su propia guerra, sin saber huir de su pasado —la vida en las montañas, la cárcel—, parece hablarle desde el fondo de sus pulmones alquitranados, pero Ibarra se niega a escuchar. A fin de cuentas, hay lecciones que nunca se aprenden.

Se deja caer en el sillón giratorio frente a la mesa y observa el despacho. Cada noche se pregunta lo mismo, y sigue sin encontrar una respuesta: ¿qué sentido tiene su trabajo? Tantos años acumulando papeles, expedientes, fichas. Personas que han pasado por sus manos constreñidas en unas pocas fechas, relatos sintéticos y fríos que se acumulan en su escritorio y que pronto olvida; caras convertidas en fotocopias en blanco y negro. Caras de personas que esperan algo de él, algo que no puede darles.

En la pared cuelga la felicitación al mérito policial y la instantánea de su momento de gloria: el recorte de periódico con su hazaña, la leyenda de héroe que le acompañará para siempre allá a donde vaya, relatando una y otra vez la misma historia que, a fuerza de repetición, ha ido perfeccionando hasta convertir en un discurso mecánico y sin fisuras. Un policía ejemplar con uniforme de gala que, tres años atrás, logró resolver el caso de Amanda, la niña desaparecida de Málaga.

Sin embargo, hay algo irreal en la rigidez de su expresión en esa fotografía, una expresión bajo la que asoma la perplejidad de un instante de fama que no ha buscado. Aparece junto al comisario jefe y al delegado del Gobierno, con los ojos entornados, y se le ve atosigado por el impacto luminoso de las cámaras disparándose. Se nota que se siente un impostor, que este momento lo ha atrapado pero no le pertenece. A los cincuenta y tres años ya no esperaba algo así. El ascenso, las televisiones, las frases hechas para responder a las entrevistas, los apretones de manos (cientos de ellas pasando veloces entre sus dedos; manos de todos los tipos: melifluas, decididas, tímidas, agradecidas, desconfiadas), la gente haciendo sonar el claxon al reconocerlo por la calle. Lo querían, decían sentirse más seguros con alguien como él protegiendo su sueño, el de sus hijos y sus familias.

Todo eso es cosa del pasado. La gente olvida el miedo en cuanto se siente libre de aquello que lo causa y, entonces, empiezan las preguntas, las confesiones de testigos —falsos o reales—, las confidencias a la prensa, las sospechas, las dudas. Dicen que van a reabrir el caso de Amanda, que hubo irregularidades, pruebas que deben ser examinadas de nuevo. Se habla, incluso, de que pueden acusarlo de torturas y asesinato. Hay gente que le tiene ganas desde hace años, y otros nuevos se han sumado al linchamiento. Saben dónde golpearle. Para Ibarra, todo esto es una pesadilla que le obliga a regresar a aquel asfixiante verano de 2007.

Pero los peores no son los que lo incordian con llamadas anónimas o escondiéndose tras un avatar

en las redes sociales para insultarlo. Ni siquiera los que se atreven a ir un poco más lejos y le dejan notas amenazadoras en el buzón de casa o en el parabrisas del coche. No, los peores son los que lanzan sus torpedos sabiendo dónde está su línea de flotación: en Samuel. Nada le duele más a Ibarra que abrir al azar cualquier página en internet y encontrarse con las voces anónimas de quienes se esconden tras una falsa identidad para lanzar todo tipo de burlas e insultos contra su hijo. O encontrar en el buzón una fotografía de Samuel con comentarios infamantes a cuento de la enfermedad que padece. «Gnomo», «adefesio», «monstruo»: son algunas de las mofas encarnizadas que provoca su aspecto.

Samuel es frágil, quebradizo como una cosa construida contra los elementos y la razón. Padece el síndrome de Williams, una mutación genética causada por la falta del cromosoma 7 que le hace tener un rostro peculiar. Aunque eso, su aspecto, es lo de menos; lo peor es que la pérdida de material genético es la causa de su enfermedad psíquica, de sus problemas visuales, dentales y estomacales. Pero esa enfermedad terrible es también la causa de su maravilloso oído para la música, aunque a nadie parezca importarle ese don. A través de la música, Samuel es capaz de expresar su estado de ánimo, de comunicarse con el mundo. Un mundo que la mayor parte del tiempo es hermético y ajeno. Si Samuel viviera lo suficiente, podría ser un músico extraordinario... Si viviera lo suficiente. Suena extraño pensar en un concepto como ese. La primera vez que lo operaron, Samuel tenía cuatro años. Acaba de cumplir los veinte y las

cicatrices se suceden. No cumplirá los treinta: se apagará muy despacio, o tal vez en un espasmo horrible. Serán el corazón, o los riñones, o el hígado los que provoquen el colapso. Y él, su padre, el héroe, no puede ahorrarle ni un átomo de padecimiento.

Nadie sospecha lo que Ibarra piensa cuando Samuel se retuerce y sufre, cuando grita y luego se calla para mirarlo fijamente como un animal agotado. A veces, Ibarra imagina que saca a su hijo de la cama para llevarlo al bosque y poner fin al sufrimiento de ambos. Sería rápido. La niebla envolvería el sotobosque, los troncos humedecidos, las piedras alisadas y los pequeños arroyos. Un paseante cualquiera descubriría, días después, sus cuerpos semienterrados entre la hojarasca. Los dos en paz, por fin.

Ese pensamiento, matar a su propio hijo, le aterrera, pero no logra sacudírselo de encima.

Examina la pistola sobre la mesa, con el cañón vuelto hacia él susurrando promesas de paz y de olvido. La sopesa en la mano derecha, monta la corredera y la deja ir con un chasquido. Una bala es un objeto perfecto, estético. Una píldora contra el dolor, un remedio definitivo. Y ahí está, dispuesta, esperando a que se decida. Como cada noche desde hace tres años. Abre la boca y abraza el estremecimiento que provoca el metal al entrar en contacto con la lengua. Muerde el cañón para que no tiemble e inclina la mano que sujeta el arma. Un disparo, un fulgor y el fundido al negro. Sencillo, a condición de no vacilar. Cuando ya no se puede volver atrás, ese instante de duda resulta fatal. Lo ha visto en otros.

Es mejor sujetar la muñeca con la otra mano, apretar fuerte y cerrar los ojos para no verlos estallar.

Contiene la respiración, aprieta los párpados, busca con el índice el gatillo. Presiona —nunca lo suficiente— y retrocede, en una macabra danza que le destroza los nervios. «¡Hazlo de una puta vez!», grita dentro de su cabeza. Y, sin embargo, también esta noche lo vence la imposibilidad. Deja caer la pistola entre las piernas con un grito mudo. Una desesperación sin final. «Cobarde, eres un maldito cobarde.»

Durante muchos minutos permanece postrado, ausente. Luego abre la cajita de madera de sándalo tallada a mano con una representación de la diosa Párvati en la tapa. Un regalo de su esposa, para que guarde sus malas vibraciones. Ibarra sonrío con una mueca desmayada. Las «malas vibraciones». Lo único que guarda en ella son las pastillas de perfenazina y clozapina que toma en secreto. Si sus superiores lo supieran le darían la baja de inmediato.

Se las traga sin agua e intenta no pensar. Pero los pensamientos se clavan en su cabeza. Por eso necesita oír otra voz, salir de este atronador silencio que lo está atrapando como un cepo.

Un agente uniformado lo aborda cuando está a punto de alcanzar la puerta que da a la calle.

—Inspector, ha llegado este fax de Barcelona.

Ibarra apenas echa un vistazo al papel que el agente le tiende. Es un retrato a carboncillo de un tipo sin nada especial junto a una descripción física tan ambigua que podría referirse casi a cualquiera. En las observaciones pone que es el principal sospe-

choso del asesinato de un anciano en la Ciudad Condal. Durante todo el día, no se ha hablado de otra cosa en la televisión. La información se ha pasado a todas las comisarías del país. Es un caso prioritario. Pero no lo es para Ibarra.

—Distribúyelo a las patrullas y cuélgalo en el panel.

Sin volverse, sale a la calle y se detiene en el borde de la acera. Contempla la luna mientras enciende un cigarrillo. Al menos, la noche no le hace preguntas.

Siempre hay un bar o un club oportunista cerca de una comisaría, como siempre hay una funeraria cerca de un cementerio o un quiosco de golosinas cerca de un colegio. El letrero con luces de neón parpadea a pie de carretera tiñendo con texturas irreales dos palmeras de plástico. Junto a la puerta del club hay una pequeña alberca donde flotan un par de colillas. El portero saluda a Ibarra con una risita socarrona.

—Buenas noches, inspector. ¿Visita de trabajo?

Ibarra no contesta. Empuja los pasos hacia el interior y se hunde entre las sombras fugaces que se mueven en la pista de baile. A la derecha hay un largo mostrador de cristales opacos con taburetes; a la izquierda, junto a un entarimado con barra de baile, está el reservado con sillones bajos y mesitas alumbradas con velas eléctricas y flores de plástico. Ibarra se deja caer en un sofá que huele a demasiados cuerpos y que tiene demasiadas quemaduras de cigarrillo. Pero la noche se lo come todo y, para cuando lo vomite, a la luz del amanecer, ya no quedarán testigos.

Las mujeres de aquel antro parecen lo que son: fantasmas de carnes magras pintarrajeados de un modo ridículo y triste. Reconoce a algunas. Otras son nuevas, aunque todas las caras se funden en una misma sensación de tristeza que lucha contra la evidencia de su decrepitud. Se le acerca una de ellas. El corpiño ceñido levanta el busto salpicado de brillantina. Se sienta sobre las rodillas del inspector con la familiaridad desvergonzada de quien tiene prisa por saltarse prolegómenos innecesarios. La llaman Ave del Paraíso, sin cursiva.

—Me llaman así porque soy capaz de hacer volar a cualquiera —proclama con una lascivia gastada, que más que excitar inspira algo de tristeza. Desprende un ligero aroma a cigarrillos mentolados. Su mirada es baja y huidiza, muestra con demasiada evidencia las fisuras de su risa. Los brazos tienen la textura de una manzana, pálidos, con un codo huesudo, surcados por unas venas que resultan voluminosas y excesivamente masculinas.

—¿Has venido a mirar o a follar?

—He venido a beber.

Ave del Paraíso sonrío y sus dientes muestran un camino largo, que empezó hace mucho y que ha ido dejando la huella de muchas pérdidas. Ni siquiera en un acto de buena voluntad se puede evitar ver sus cicatrices.

Y, sin embargo, un rato después, el inspector está en una habitación del club y la observa sentado en una sillita incómoda mientras ella se masturba, desnuda, en la cama.

—Solo para ti, cariño.

Ibarra tiene que apartar la mirada de las pantorrillas, las nalgas desnudas y las piernas escuchimizadas de la prostituta. Los dedos de los pies son diminutos y contraídos, casi de niña pequeña. Ella se contorsiona sin pudor, pero sus ojos miran al techo de cristales buscando un cielo abierto. Por fin, Ave del Paraíso finge correrse en un acto final digno de una opereta.

—¿Te ha gustado? —pregunta, mientras recoge la ropa camino del lavabo.

Ibarra tiene la visión exacta de cómo será sin el maquillaje, cuando por la mañana despierte y prepare el café para un novio que quizá no sabe a qué se dedica. Imagina cómo hará el amor con quien realmente desea. Una sabiduría vieja en las manos y en los labios.

—Tienes razón. Eres fascinante.

Ave del Paraíso sonríe con un punto de niña arrobada y se encierra en el baño. Mientras tanto, el inspector enciende el televisor y cambia el canal porno por uno de noticias.

En la pantalla aparecen imágenes del asesinato en Barcelona. Llevan repitiéndolas machaconamente desde la mañana; al fin y al cabo, esto no es Estados Unidos, y no aparece cada día un cadáver tendido en plena calle. Las piernas sobresalen entre las ruedas de los vehículos estacionados adoptando una forma extraña, con los zapatos hacia fuera, patizambos. La pernera derecha del pantalón está arrugada y deja a la vista un gemelo muy pálido y la marca de la goma del calcetín negro. La cabeza descansa con la frente en el bordillo de la acera sobre un charco de sangre que

parece una mancha de cualquier otra cosa. Le han disparado en la nuca, y el cabello de color claro es un amasijo revuelto con una oscuridad profunda en el centro. Tiene los párpados abiertos, pero las pupilas se han solidificado igual que las de un juguete; no son ojos reales, parecen pintados. Las manos rígidas, pegadas al cuerpo, muestran las palmas hacia arriba.

Ibarra sube el volumen. La voz de un narrador invisible relata lo sucedido de modo vehemente. Al parecer, el muerto llevaba en el bolsillo de la chaqueta un libro de Juan Gelman, detalle novelesco que remacha el locutor con un exceso de carga dramática.

—Como si los muertos no tuviesen derecho a leer poesía —murmura Ibarra.

—No deberían mover el cuerpo de esa manera. Sin delicadeza —musita Ave del Paraíso, que ha aparecido vestida y secándose el cabello con una toalla. Los ojos, de nuevo preparados para la guerra, resbalan sobre las imágenes con emoción escrutadora.

—Le han disparado un calibre de nueve milímetros a bocajarro en la nuca. ¿Qué más da cómo lo muevan? Estaba muerto antes de caer al suelo.

Ave del Paraíso observa el rostro del inspector, el pelo tachonado de canas, la sombra de barba alrededor de la boca, los pómulos prominentes. Tiene unos bonitos ojos azules. Lástima que sean tan duros al mirar.

—¿No te interesa quién era ese hombre, su historia?

Ibarra se rasca el mentón con la uña del pulgar, observando las imágenes del televisor como algo ajeno a él.

—Todos tenemos nuestra historia, pero esencialmente me ciño a lo más razonable para resolver el caso. Luego procuro olvidarme.

Ella sonríe como lo hacen ciertos animales nocturnos, con cautela.

—«Razonable»; una palabra que no implica demasiado compromiso.

—Pero implica experiencia —dice Ibarra.

Ella parapeta sus ojos tristes en la pantalla del televisor. Insiste.

—¿Por qué lo habrán matado?

El inspector se impacienta.

—Le han disparado y está muerto. Eso es lo que cuenta —afirma con la lógica incompleta de la causa y el efecto. Aunque no es su intención, resulta desagradablemente cínico. Ave del Paraíso lo escruta con un punto de suspicacia.

—No te cae muy bien la especie humana, ¿verdad?

Ibarra se encoge de hombros. Piensa en Carmela y en sus clases de yoga.

—Oye, seguro que hay alguien esperando a que vayas a cogerle la mano y le des consuelo.

Ibarra ha encendido un cigarrillo en el aparcamiento del club. Fuma despacio, sentado en el capó del coche. Busca entre las constelaciones de estrellas cuyos nombres y formas memorizó cuando era un chiquillo. Ni rastro de las lágrimas de San Lorenzo. Piensa en los sueños minados de espinas de su hijo, en las pesadillas que no lo dejan dormir y que le hacen saltar de la cama empapado de sudor. Está convencido

de que Carmela estará ahora mismo con Samuel en la cama, tratando de calmarlo, mirando por la ventana y diciéndole que cierre muy fuerte los ojos y pida un deseo esperando su estrella fugaz.

—Pide un deseo, Samuel.

—¿Lo que quiera?

—Lo que quieras.

—Quiero dirigir mi propia orquesta.

Ibarra apura el cigarrillo hasta la colilla y se da cuenta de que no tiene a dónde escapar. Solo puede tragar saliva.

El sonido del teléfono móvil lo sobresalta. La llamada es de comisaría. Deja que suene, preguntándose mientras contempla la pantalla qué pasará si no contesta. Nada. Él no es necesario para que el mundo continúe girando.

Unos minutos después, vuelve a sonar. Esta vez descuelga.

El operador de emergencias ha recibido un aviso del hospital provincial. Una mujer con signos de violencia ha ingresado en urgencias. Su estado es grave. Ibarra no muestra ningún interés. Pide que envíen una patrulla uniformada. Pero el operador insiste:

—La mujer dice que solo hablará con usted, inspector. Afirmo que lo conoce personalmente.

Ibarra mastica una maldición entre dientes pero arrastra el cuerpo hasta el coche y conduce sin prisa hacia el hospital. Enciende la radio y escucha uno de esos programas de seres nocturnos que llaman solo para saber si hay alguien al otro lado de su silencio. Apaga la radio. La gente está sola y debería acostumbrarse a aceptarlo.

La doctora de urgencias se esfuerza en mantener la compostura, pero no logra disimular el agotamiento. Cada cual tiene su vida, y todas parecen estar al límite esta noche. Ibarra es consciente del olor a tabaco que desprende su ropa y del aliento gomoso que tienen los bebedores que tratan de disimularlo mascando chicle. Se aparta un poco de la doctora —que huele a higiene inmaculada— y se concentra en la mujer postrada en la camilla. Es un cuerpo que apenas evoca humanidad.

—Hemos tenido que administrarle un sedante muy fuerte para paliar el dolor. Es un milagro que esté viva.

«Otra que cree en los milagros», piensa Ibarra. La doctora le da la larga lista de lesiones. El cuerpo humano tiene aproximadamente unos doscientos huesos. Pocos traumatólogos podrían recitarlos de memoria, y mucha gente ni siquiera sabe para qué están ahí, debajo de las capas de piel, grasa y músculos. Cargamos con ellos toda la vida sin prestarles atención hasta que empiezan a desgastarse, a romperse, a anquilosarse. Entonces cobran mucha importancia el metacarpiano, el maléolo externo, el cóndilo, la cresta ilíaca o la escápula. Todo lo que nos sustenta se astilla con una facilidad pasmosa y el edificio del cuerpo se desploma.

Ibarra no está escuchando. Se ha concentrado en los moratones, en los cortes, en los desgarros. Su mente ha empezado a dibujar hipótesis.

—¿La han violado?

La doctora lo descarta.

—No hay restos de semen y tampoco hemos en-

contrado erosiones vaginales ni anales en la exploración ginecológica. Pero vamos a hacerle más pruebas.

—¿Dice que ha preguntado por mí?

La doctora asiente.

—Pensaba que usted podría decirnos quién es. No hay nada que pueda identificarla. Ni un documento, ni un teléfono.

Ibarra bucea en la galería de imágenes y rostros de su mente, un poco abotargada por la medicación y la mezcla con alcohol. No cree que haya visto a esta mujer en su vida. Aun así, querría ayudarla y decirle que, sea lo que sea lo que le haya sucedido, ya ha pasado. Pero no lo sabe, no sabe si lo peor ya le ha ocurrido a esta desconocida o está por empezar.

—¿Quién la ha traído?

—No lo sabemos. Alguien la dejó en la rampa de urgencias. Estaba inconsciente.

—¿Hay cámaras de seguridad?

—Esto no es una cárcel. Aquí la gente entra y sale sin demasiadas complicaciones. Pero puedo preguntarlo.

Ibarra asiente.

—Me gustaría examinar sus pertenencias.

La doctora señala la ropa que se amontona en una silla.

—Ahí está todo.

Han tenido que cortar con una tijera la pernera del pantalón tejano para poder quitárselo, lo mismo que la camiseta de cuello alto. Las botas de montaña tienen restos de barro y briznas de hierba en la suela. Ibarra registra minuciosamente el sujetador, las bragas y los calcetines. Luego se concentra en las planti-

llas de las botas y en los bolsillos del pantalón. No hay más que unas pocas monedas de euro, un llavero con dos llaves y una goma del pelo. Al voltear el forro de los bolsillos caen entre los dedos restos de algo vegetal. Lo huele: es marihuana.

Examina detenidamente a la mujer. Parece dormida, pero quizá no lo esté. El inspector sabe que hay momentos en los que es necesario mantenerse en la frontera de dos realidades, suspenderse en un lodo caldoso para soportar el dolor.

—¿Quién eres? —le susurra.

No obtiene respuesta.